

Enrique Mijares Verdín
(Editor)



Voces femeninas
en la dramaturgia
de fronteras

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CIUDAD JUÁREZ

Juan Ignacio Camargo Nassar
Rector

Daniel Constandse Cortez
Secretario General

Santos Alonso Morales Muñoz
Director del Instituto de Ciencias Sociales y Administración

Jesús Meza Vega
Director General de Comunicación Universitaria

Colección *In Extenso*
Serie Estudios de literatura en el norte de México
2

© D.R. Enrique Mijares Verdín
© Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
Avenida Plutarco Elfas Calles 1210, Fovissste Chamizal, C.P. 32310
Ciudad Juárez, Chihuahua, México. Tels. +52 (656) 688 2100 al 09

Enrique Mijares Verdín, editor
Voces femeninas en la dramaturgia de frontera
152 páginas, 22 centímetros.
ISBN volumen: 978-607-520-xxxx
ISBN obra completa: 978-607-7953-00-5

Voces femeninas en la dramaturgia de fronteras / Editor: Enrique Mijares Verdín.
Primera edición. — Ciudad Juárez, Chihuahua: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2019.
152 páginas; 22 cm. -- Colección In Extenso. Serie Estudios de literatura del norte de México; 2.
ISBN vol. 2: 978-607-520-xxxx
ISBN obra completa: 978-607-7953-00-5

Contenido: Una habitación propia / Susana Báez Ayala.-- Gynaecœum hymnarñum / Enrique Mijares Verdín.-- La Densa / Arminé Arjona.-- Canto de sirenas / Ana Laura Ramírez Vázquez / El Ángel / Sefía Chew.-- Rfo, madre y arena / Virginia Ordóñez Hernández.-- Rostros de silencio / Susana Báez Ayala.
1. Teatro mexicano – Autoras – Siglo XXI.

LC- PQ7190 V63 2019

La edición, diseño y producción editorial de este documento estuvo a cargo de la Dirección General de Comunicación Universitaria, a través de la Subdirección de Editorial y Publicaciones.



Coordinación editorial: Mayola Renova
Diseño de cubierta y diagramación: Karla Marfa Rascón
Cuidado de la edición: Elizabeth Almanza

Primera edición, 2019
elibros.uacj.mx

Enrique Mijares Verdín

(Editor)

Voces femeninas
en la dramaturgia
de fronteras

Colección *In Extenso*

Serie Estudios de literatura en el norte de México

2

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CIUDAD JUÁREZ

Contenido

Presentación. Una habitación propia <i>Susana Báez Ayala</i>	11
Gynaecëum hymnariûm <i>Enrique Mijares Verdín</i>	13
La Densa <i>Arminé Arjona</i>	23
Canto de sirenas <i>Ana Laura Ramírez Vázquez</i>	63
El Ángel <i>Selfa Chew</i>	85
Río, madre y arena <i>Virginia Ordóñez Hernández</i>	111
Rostros de silencio <i>Susana Báez Ayala</i>	131

Presentación

Una habitación propia

Susana Báez Ayala
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

La dramaturgia de fronteras destaca en el panorama nacional e internacional a través de los textos de autores masculinos por demás connotados. La historia de la dramaturgia en Chihuahua se engrandece con las obras de Víctor Hugo Rascón Banda, Edeberto Galindo, Manuel Talavera, Antonio Zúñiga, entre otros. Este aporte cultural favorece el trenzado de la memoria colectiva. Y a pesar de ello, la historiografía de la literatura, en sus liminalidades genéricas, en la *borderline* queda inconclusa si no se integra el aporte de las mujeres dramaturgas. Transitar las fronteras metafóricas desde una perspectiva de género nos impulsa a enfocar una de las complejas realidades en el norte de México: la poca difusión de la dramaturgia escrita por mujeres.

Si bien es cierto, los trabajos de algunas autoras se han difundido a través de esfuerzos editoriales relevantes, cabe destacar la colección Teatro de Fronteras, coordinada por Enrique Mijares, donde se publicó una compilación con las obras de Virginia Hernández; también en las antologías de los talleres impartidos se pueden rastrear obras de diversas escritoras. Por otro lado, en la colección Voces al Sol, la Universidad Autónoma

de Ciudad Juárez dio a conocer *Cinco obras*, de Selfa Shew; así como otros materiales han dado a conocer los textos de autoras del estado de Chihuahua, que se requiere divulgar con mayor fuerza. Autoras como Perla de la Rosa, Guadalupe de la Mora, Virginia Ordóñez, Norma Moya, Micaela Solís, Valeria Loera, Jissel Arroyo, Ysla Campbell, entre otras, son algunas de las autoras parte de la nómina cuyas obras necesitan darse a conocer.

Por lo anterior, consideramos que se requería ofrecer una habitación propia que favoreciera la expresión dramática de las mujeres: el taller de Teatro hipertextual, impartido por Enrique Mijares Verdín. Este taller se implementa como una acción afirmativa sumada a las políticas públicas con perspectiva de género que surgen con el propósito de garantizar la incorporación de las mujeres a los ámbitos públicos y culturales. A decir del Instituto Nacional de las Mujeres, las acciones afirmativas se ocupan de eliminar los obstáculos que impiden a las mujeres desarrollar ciertas profesiones, en este caso la de escritoras de textos dramáticos.

El resultado de aquel taller hoy se ve plasmado en este libro; las personas que integramos esta experiencia creativa esperamos contribuir a que lo singular se torne cotidiano. El objetivo de las acciones afirmativas es que se apliquen de manera coyuntural mientras se fortalezca un código cultural de inclusión y equidad permanente. La dramaturgia de mujeres aún requiere impulsos significativos en nuestra frontera, sobre todo en estos tiempos aciagos de desapariciones de mujeres, acoso, hostigamiento, abuso sexual, feminicidios, discriminación laboral y todos aquellos actos que impiden que las niñas y las mujeres en conjunto accedamos a una vida libre de violencia.

Cierro esta presentación agradeciendo a mis compañeras de taller su participación en el mismo, ya que transitar las fronteras de la escritura no es un camino llano; no obstante, la sororidad feminista permitió que nuestras voces se entrelazaran con las de otras tantas que nos preceden o son simultáneas a las nuestras y que merecen la invención de otras habitaciones propias (compartidas o no). Este es un fractal de lo que la literatura de mujeres en la frontera norte ofrece a la comunidad.

Rostros de silencio

Susana Báez Ayala

Para Ixtab

Rostro 1

VIVIAN (12 años): “Polvo eres y en polvo te convertirás”, dicen en la iglesia. No seré polvo enamorado, pero sí río de sangre, riachuelo por lo menos ... (*Abre la navaja de afeitarse*): Solo tuve que esperar a que todos durmieran profundamente para llevar a cabo mis planes. El filo de la navaja seduce la mirada con la promesa de que el intenso dolor será recompensado con la paz eterna. Acaricio la hoja brillante, doy masaje a mi muñeca, siento un ardor profundo en la vena.

El monstruo mira a través del visillo de la puerta a una joven que se desnuda.

En el rancho todos me dicen Licho. Yo sé que mi nombre es Angustias, pero acá en la ciudad prefiero ser Vivian Leight en *Lo que el viento se llevó*. Suena más bonito. Paso varias horas del día imaginando cómo sería mi vida si yo fuera la actriz de esas películas. Cada vez que puedo, me escapo con mis hermanos al cine Alameda. Las cintas americanas son mis favoritas. Sobre todo aquellas que tratan de amor. ¡Ay, ay, ay...! ¿Qué será eso de enamorarse de alguien? Todos me dicen que

estoy muy desarrollada para mis doce años, que ya estoy en edad de merecer, que seguro habrá quienes ya me han echado el ojo. Yo entrecierro los párpados e imagino que soy Greta Garbo en *Ninotchka* y que voy a reencontrarme con Melvyn Douglas en París. Repito muy bajito mis diálogos preferidos.

NINOTCHKA: Formemos nuestro propio partido.

LEON: Claro. Amantes del mundo unos.

NINOTCHKA: Soy tan feliz... Nadie puede ser tan feliz sin ser castigado por ello.

VIVIAN: Otras veces soy Scarlett O'Hara, mi personaje consentido. Clark Gable se halla a punto de ir a la guerra. Aunque lo amo, decido no ceder. Sus palabras de amor no me conmueven. Murmuro sus palabras sin percatarme de que mi madre me escucha.

CLARK (Gable): Nada importa que tú no me quieras. Eres una mujer que envía un soldado a la muerte con un bello recuerdo. Vivian, bésame, bésame una vez más.

MADRE: ¡Cállate, loca! Duérmete ya. ¡Mañana debo levantarme temprano para ir a trabajar! ¡Pobre de ti si cuando regrese me dice la vecina que te volviste a llevar a tus hermanos al cine! Mientras yo me tallo el lomo lavando ropa ajena, la *señorita* se da lujos que no podemos pagar. Por eso te metí a trabajar de entrada por salida, pero ahora voy a ver que te quedés de planta; las señoras a cada rato piden muchachitas de tu edad en las casas de Polanco.

VIVIAN: Los golpes solo me distraen un instante. No lloro. Me sobo y sigo en mis sueños. Pienso que si soy sirvienta de planta tendré un cuarto propio y entonces sí podré recitar sin pudor las frases de las películas que me gustan. Ahora soy Elizabeth Taylor e interpreto a Ángela Vickers en *Un lugar en el sol* y Montgomery Clift me enamora.

MONTGOMERY (Clift): Vivian, Licho, Angustias, María Luisa... te quiero. Te quise desde el primer momento en que te vi. Te quise incluso antes de verte por primera vez. Quiéreme durante el tiempo que me queda, luego olvídame.

VIVIAN: Cuando lo sentencian a muerte, me doy cuenta de que estoy condenada a la soledad. Mis hermanos me miran de reojo y cuchichean.

MONSTRUO (*Abre con lentitud la puerta de la habitación*): Sueña tu vestido blanco, tu corona de azahares, el arroz en la puerta de la iglesia. Imagina que eres Lauren Bacall y

Humphrey Bogart llega a tu lecho de bodas. Sumérgete en los imposibles. Construye el barranco desde el que caerás al vacío. (*Desata el cinturón del pantalón*). Acechar es lo mío. No tengo prisa. Sé que conseguiré la presa.

VIVIAN: Esa noche, percibí al líder de la manada acechando por el visillo de la puerta. La luna se vistió de luto. Me desprendo de mis ropas con lentitud, las imágenes de la pantalla retornan a mí. Ahora encarno a Beatriz Peñafiel cortejada por el general José Juan Reyes en *Enamorada*. Soy Dolores del Río que enfrenta la seducción de Pedro Armendáriz... Me recuesto en la cama, mientras entro en la calidez de mis sábanas, siento unas manos que se aferran a mí...

MONSTRUO (*Al oído*): Espera, te voy a dar una cosita, un par de caramelitos para Vivian, pero antes...

VIVIAN: No entiendo, me confundo en la oscuridad, un cuerpo, una voz que me recuerda a don Carmelo cuando trata de abusar de Ojitos, en *Los olvidados*. Busco con la mirada a Pedro o a El Jaibo. Mi voz se ahoga bajo la mano de un hombre maduro posada en mis labios. Mis personajes de la pantalla se esfuman. Les pido auxilio. Levantan los hombros, dan media vuelta y me olvidan. Ya no soy ni siquiera Vivian Leight.

MONSTRUO (*Canta*): "Te quiero más que a mis ojos, más que a mis ojos te quiero..." (*Al oído*): No forcejees, nadie te escucha. Nadie creerá en ti. Recuerda que soy sacerdote de la Legión de Cristo. Basta con ser cercano a Marcial Maciel para que me exoneren. Dejaste que Satán tomara forma en ti. El Diablo en cuerpo de púber me tienta. No cedo a él, lo combato en ti. Eres un instrumento para acabar con la tentación. Tu sangre menstrual es el signo de su muerte. No te quejes. Eres el medio para acabar con el Malo. Lloro cuando yo me vaya. Arrepiéntete, pecadora.

PATRONA: No mientas, muchacha. Un sacerdote es incapaz de hacerle daño a nadie. Estoy segura de que tú lo provocaste. Estás creciendo, el uniforme te queda ya muy ajustado. Nunca me dijiste para comprarte otro. No llores. Tu madre me cuenta que fantaseas con el cine, yo creo que pensaste que era una de esas películas sucias. Límpiate la cara, toma tus cosas y vete a tu casa. Ya no te necesito aquí. Ten unos pesos, luego no digas que no te traté bien.

VIVIAN: Abracé a mis hermanos, pero no les conté nada. Mi madre me escuchó sin voltear a verme.

MADRE: Vete a dormir. Mañana buscaremos otra patrona para ti.

VIVIAN: Mamá ignora que con el dinero que me dio la patrona compré la navaja. Muchos días la tuve escondida debajo de la almohada.

HIJO: ¿Qué nos pasó? ¿Cuándo dejamos de ser hermanos? ¿Por qué no la cuidan? Alguna de ustedes tendría que hacerse cargo de ella.

Rostro 2

LIBERTAD (14 años): Antes de trabajar aquí, me quedaba con mis hermanitos. Las vecinas chismosas le decían a mi mamá que nos salíamos todo el día. ¿Qué íbamos a hacer? Yo los vestía, los agarraba de la mano formando una cadena y nos salíamos a caminar. A veces jalábamos para el parque; otras con lo que me dejaba mi mamá de dinero, compraba bolillos y aguacates. Hacía unas tortas. Los llevaba al cine. No, dinero no teníamos. Nos quedábamos parados a un lado de la entrada. Sin decir nada. Nomás nos miraban. A veces, el guardia se compadecía de nosotros.

GUARDIA: Cuélese, pero rapidito y sin dar lata, mocosos.

LIBERTAD: Veíamos muchas películas, sobre todo de Pedro Infante, Jorge Negrete, Luis Aguilar, María Félix, Libertad Lamarque. Por eso, cuando mi mamá me despertaba en las noches con unos buenos jalones de cabello y me reclamaba por habernos ido, casi ni me dolía. ¿Quién podía quitarme lo bailado? Otros días nos quedábamos en la casa, bueno, en el cuarto. Cuando llegaba mi mamá nos hacía un atolito de agua y sacaba el pan de dulce que le habían dado sus patronas. Ese pan olía a arrumbado. Yo le preguntaba, “¿es pan arrumbado?”. No, pues, ¡otra tunda! El jalón de orejas o el pellizco no me faltaban.

MADRE: Se traga el pan. Es lo que hay.

LIBERTAD: No, yo pan arrumbado no como. Deme para ir por un bolillo. Ella acababa dándome los centavos. Pronto, para que no anduviera de vaga, me metió a trabajar. La casa en donde estoy es un palacio. La señora es muy buena, me deja estar descalza en la sala que tiene una alfombra muy suave. Por la mañana, mientras su hija va al colegio, ayudo en

la limpieza, riego las plantas o barro el patio. Tengo que usar un uniforme. No me gusta, pero qué le voy a hacer. Apenas tengo doce años, pero ya me desarrollé y yo les digo que tengo quince. Por la tarde acompaño a la niña a sus clases de piano, nos vamos caminando. Sí. Son unas cinco calles. De regreso nos compramos una nieve en la esquina. Cuando ella se pone a hacer la tarea quiere que la acompañe.

NIÑA: Angustias, tráete tu cuaderno, vamos a estudiar.

LIBERTAD: No, yo nunca he ido a la escuela. Allá en el rancho ni había. Entre los vecinos había un muchacho que los domingos nos enseñaba a escribir y a leer. Nos daba cuadernos y lápices. ¡Ah, sí! Me hace mucha ilusión. Quiero leer las historietas de amor que venden en el kiosco. Hay una, que se llama *Historias del corazón...* Hoy no es mi mejor día, la señora dice que se van a los Estados Unidos a vivir. Me quiere llevar con ellos, pero mi mamá nunca me lo va a permitir. O a lo mejor sí, para deshacerse de mí de una vez por todas. Si no me deja, ahora sí voy a hacer más profundo el corte con la navaja.

HIJA: Mi madre se cubre más con el rebozo, no sé si está dormida o solo procura no ver más la miseria que nos rodea. Primero intentó con pastillas, luego se cortó las venas y ahora la gasolina... Me cansan sus chantajes. Si se quiere morir, pues que se muera de una vez. ¿Por qué no tiene el valor de usar el raticida?

Rostro 3

SIRENA (15 años): La sogá aprieta al principio con rudeza, después se adapta al contorno del cuello, conforme pasan los segundos y pierdes el conocimiento, se percibe más como una caricia. No puedo cerrar los ojos, el cuerpo responde a la falta de oxigenación, pero incluso en su desmesura, sé que en unos instantes dejaré atrás la pesadilla de la existencia.

MADRE: Chamaca del demonio, ponte a ayudarme. Ya no eres una niña. No me queda de otra que buscarte trabajo. Ojalá así aprendas a ser mujer.

SIRENA: Allá en el rancho teníamos un jacalito, acá nos vinimos de arrimados con una tía. Pero no aguantamos porque ella nos quería tener de sus sirvientas gratis. Mi mamá rentó un cuarto por el centro de la ciudad. Somos cuatro herma-

nos. La mayor y yo estamos de sirvientas en las Lomas. Los más pequeños aún no trabajan. Ahora se quedan solos todo el día. Solo mi mamá está de entrada por salida. Aunque más bien parece que vivimos en despoblado. El techo tiene más agujeros que estrellas el firmamento. Cuando llueve, nomás nos acurrucamos todos debajo del hule que cubre la mesa. Ahí descubro que tengo el don de cuentaera. Mis hermanitos siempre piden que les repita la historia de las monedas de oro enterradas en la cueva del cerro durante la Revolución y me hacen prometer que un día regresaremos para buscarlas. Tomo valor de no sé dónde y les prometo que venceré a las ánimas que protegen el tesoro.

HERMANITO 1: Licho, mientras deja de llover y se nos quita el frío, ¿por qué no nos cuentas la historia del ahorcado en la hacienda del rancho?

SIRENA: Ay, ¿no se cansan de oírla? Esta es la última vez que se las digo. Durante el porfiriato, el hacendado mandaba colgar en el huamúchil que está en la entrada del pueblo a aquellos hambrientos que se robaban algo o a los campesinos que se inconformaban por el maltrato del capataz. Dice mi Papá José que en una ocasión él y otros peones mataron una vaca en el cerro, hicieron fuego para cocinarla, la destazaron. Cada uno se llevó un trozo a sus jacales. Cuando el capataz de la hacienda se dio cuenta de que faltaba una vaca, los llamó a todos. Uno por uno hizo que abrieran la boca y metió su enorme nariz para descubrir a los culpables. No faltó quien vomitara frijoles sobre él. No obstante, dio con uno de los ladrones. Este nunca dijo quién más participó. Entonces, el patrón mandó que lo colgaran de los brazos hasta que muriese de hambre y de sed.

HERMANITO 1: ¿Nadie lo salvó?

SIRENA: Ya les dije que el miedo no anda en burro.

HERMANITO 2: Mejor cuéntanos otra vez la leyenda de la cueva con monedas de oro.

SIRENA: Dicen que cuando empezó la Revolución, el patrón le pidió a su capataz que enterrara las monedas de oro en una cueva del monte. Así lo hizo, y cuando ya iba de salida, se le apareció una mujer vestida a la usanza árabe. Él vio fascinado que, entre los velos que cubrían su rostro, ella le sonreía invitándolo a besarla. Cuando sus bocas se encontraron, él cayó muerto. Desde entonces, ella se les aparece a quienes intentan

recuperar las monedas. Hay rumores de que más de cien hombres han caído en sus brazos. Cuando crezcan, ¿ustedes están dispuestos a visitar la cueva y probar fortuna?

HERMANITO 1: Uy, qué miedo...

HERMANITO 2: Ahora platícanos de cuando iban a bañarse en la alberca del rancho, todos montados en la carreta de mi tío Gonzalo.

SIRENA: Cada año en las fiestas del rancho, cuando regresan al pueblo todos los que se han ido a trabajar a Estados Unidos, mi tío Gonzalo nos subía a su carreta para ir al ojo de agua, que es el manantial de donde se riegan todos los sembradíos de la región. Por el camino, al pasar debajo de los huamúchiles, solo había que alargar el brazo y podías cortar el fruto, ir pelando las vainas verdes, abrirlas, encontrar su carnosidad rosada y refrescante. Al llegar, los chiquillos nos metíamos a la alberca, los hombres mayores pescaban truchas. Las mujeres cocinaban la sopa y echaban las tortillas, avivaban el fuego para que luego mi tío Gonzalo preparara el caldo de pescado y asara las truchas.

HERMANITO 2: ¡Ya sé! ¡Vamos a jugar a pescar!

SIRENA: Si llega mi mamá nos pondrá una buena friega.

HERMANITO 1: De todas maneras siempre nos llueve en nuestra milpita.

SIRENA: De acuerdo, estas son las reglas: cada uno escoja lo que quiere ser: sirena, monstruo, pescador, hechicera. Los ejércitos cardúmenes nos van a defender del ataque de los vikingos. Gana la batalla quien más peces enemigos capture. Yo escojo ser sirena, por supuesto.

HERMANITOS: Yo quiero ser tritón... Yo pescador... No, mejor vikingo...

SIRENA: Pónganse estas bolsas de papel como botas de exploradores, y usemos los palos de las sillas desvencijadas como espadas, crucemos por el monte hasta llegar a la cueva encantada.

HERMANITO 1: Me convierto en Simbad el marino...

HERMANITO 2: Soy Jonas en el vientre de la ballena rescatando a mis hermanitas...

HERMANITO 1: Voy a enfrentar al fantasma que custodia las monedas de oro que los porfiristas enterraron en la cueva del monte durante la Revolución.

HERMANITO 2: Yo te cubro las espaldas... empuño la espada...

SIRENA: Recuerdo cuando nos espinamos al saborear las pitahayas granates que cortamos en el cerro... El dulzor de la fruta me invade; percibo el olor de los elotes recién cortados y cocidos en el verano... La lluvia sigue relatando sus historias. No sé cómo logramos movernos acurrucados debajo de la mesa. Intentamos atrapar al otro, nos tornamos escurridizos, procuramos ganar aplicando cosquillas al enemigo y ellos hacen lo propio. Casi me convengo de que basta con que soñemos despiertos para no sucumbir. Mientras combatimos a nuestros enemigos se abre la puerta de la habitación... nuestra alegría desdibuja el entorno. Un trueno de voz nos vuelve a la realidad. Mi madre retorna del trabajo, mira el desorden que provocamos con el juego, arremete con lo que puede contra nosotros. Se escucha un coro de ayes uniforme, continuo.

MADRE: Ya cállate, chamaca, mañana me tengo que levantar a las cuatro de la mañana.

SIRENA: Siento el pellizco de mi madre. Un ¡ay! apagado sale de mi garganta.

HERMANITO 1: No me pegue, mamá...

HERMANITO 2: Nada más estábamos jugando...

SIRENA: Me taladran los oídos las voces de mis hermanitos. La impotencia por tanta miseria me retuerce el alma. No soporto por más tiempo esta realidad infernal: hambres, abandono, golpes, ausencias. Mañana, cuando mi madre se vaya a trabajar, sujetaré los mecates a la viga del cuarto. Esta vez ella no nos va a encontrar jugando, estaremos colgados mis hermanos y yo, ya sin sufrir, callados para siempre. No faltan más que unas horas. Dormiré abrazada a mis hermanitos.

HIJO: ¿Mi madre? Nunca fue una madre para mí, nada más de sus hijas. A mí no me quiere. Jamás me quiso. Solo sus hijas mujeres le importan. Ni mis hijos, que son sus nietos, la quieren ya.

Rostro 4

LLORONA (16 años): Oigo el sonido del tren a lo lejos. El olor a leña recién prendida y a tortillas sobre el comal en el fogón de mi abuela. Su sonrisa, su rebozo oscuro, delgado me

permiten evadir este momento en el que mis muslos son peces sorprendidos llenos solo de frío por el monstruo encarnado en el huésped de mis patronos.

CHABELA (Vargas): Tápame con tu rebozo, llorona porque me muero de frío...

LLORONA: De chamaca me caí del guamúchil y por eso me fracturé el dedo meñique. ¿Quién me lo iba a curar? Ni siquiera le dije a mi mamá. ¡Claro que no! Me dolía horrible, así que corrí a casa de mi mamá Dolores. Nomás me vio entrar y supo que algo andaba mal.

ABUELA: ¿Qué te pasó, Licho, pues? ¿Otra vez te pegó tu madre? ¿Qué diablura hiciste ahora, miija?

LLORONA: Yo nomás bajé la vista, extendí el brazo, y le señalé mi dedo roto.

ABUELA: ¡Válgame Dios y la Virgen María y todos los santos del cielo! Ora sí te medio mata. Ven acá. Espérate que te voy a curar.

LLORONA: Mi mamá Juana puso agua a hervir y le echó un buen puñado de sal. Yo no dejaba de llorar, hasta eso, sin gritos. Después de que me hizo meter el dedo en el agua salada, me amarró un palito en el dedo con un trapo. Me dio una gorda de las que estaba haciendo y me mandó a mi jacal. No, pues en el rancho todo se sabe. Cuando llegué, mi mamá ya me estaba esperando.

MADRE: Muchacha caraja. Tenías que salir una chiva loca. Mira que treparte al guamúchil. Pues, ¿qué estás loca? Ven acá que te voy a dar unos buenos cintarazos para que se te quite lo machorra.

LLORONA: Ya te dije que no vuelvo a esa casa. No, no y no. Mira nomás cómo traigo las piernas de lastimadas. Cuando la señora se fue de compras, regresó el viejo ese. Me preguntó si estaba sola. ¡Cómo si no supiera! Sus hijos estaban en la escuela. Él tenía que estar en el trabajo. Me dijo que le subiera un café al cuarto. Cuando llegué estaba desnudo. Se me abalanzó encima. Solo atiné a echarle el café hirviendo sobre su cochina y como pude me fui corriendo. Oí cómo gritaba. Me persiguió. Casi me alcanza. Logré salir al patio, pero la puerta de la calle estaba con llave. Así que me trepé como pude al árbol y de allí me subí a la barda y salté. Me raspé re feo las rodillas. Pégame más, ya te dije que no, que no y no regreso a esa casa.

No me salvé. Esa noche granizó en mi milpita; me quedó el cuerpo de colores: morado, rojo, verde. Nomás cerré los ojos.

ABUELA: No sufras, ten mi rebozo, cubre tu cuerpo man-cillado. Deja que con él enjague tu llanto, que borre el espanto en tu rostro. El frío pasará, te lo digo por experiencia. Licho, no solo eres tú la mujer violentada. Somos todas, tu madre, tu hermana mayor, tus tías, yo misma. Todas somos tú en este instante de espanto infinito. ¿Comprendes ahora por qué todas necesitamos este rebozo para salir a la calle? Somos un pueblo de mujeres enlutadas, procesión de niñas, estrellas-fugaces devoradas por el Minotauro. Mi Licho, vete a la noria ahora mismo, deja que el agua del pozo sané tus heridas con su frialdad. Permite que el viento desenrede tus cabellos. Todavía te falta vivir otros episodios en donde el derecho de pernada se ejecuta de manera puntual en adolescentes empobrecidas.

LLORONA: Abuela, deme usted la respuesta, dígame cómo conjuro este instante, cómo evito ser presa recurrente de los cazadores de niñas. Cuando ese bulto pesado deja de aplastarme y se separa de mí, yo quedo convertida en un pozo sin agua, un desierto sin sol, un bosque sin verdor. Abuela, su rebozo no es suficiente, no me salva de los acosadores, de los abusadores de niñas.

ABUELA: Escucha las voces, levanta la mirada, observa las estrellas, mira su titileo. ¿Las escuchas? Sí, te llaman, te esperan. Ellas te comprenden, cada una es protagonista de la misma historia que hoy tú representas. Cada una consiguió liberarse de esta atadura. Métodos hay miles, solo necesitas actuar con determinación.

LLORONA: Abuela, le regreso su rebozo. Guárdelo para la próxima estrella caída. Me voy, las vías del tren serán mi lecho esta noche, cuando escuché el silbido de la máquina, sepa que las chispas de los rieles me lanzarán al firmamento.

CHABELA (Vargas): A un Santo Cristo de fierro, llorona,
mis penas le conté yo.
Cuáles no serían mis penas, llorona,
que el Santo Cristo lloró.

HIJA: Primero está mi familia. Ella ya vivió su vida como quiso. Gasta la pensión en cigarros. No. Ni un peso le voy a dar. Si se muere, mejor.

Rostro 5

LUNA (20 años): Del dicho al hecho, no hay más que un trecho. (*Coloca toallas húmedas en ventanas y puertas, abre las llaves del gas, se sienta a esperar*). El silencio del metano me arrulla, me adormezco con la seguridad de que hoy sí logré acumular el valor suficiente para abrir la llave del gas.

FEDERICO (García Lorca): “Que no se acabe nunca la madeja del te quiero me quieres, siempre ardida con decrépito sol y luna vieja”.

LUNA: Pero dime, ¿cómo nacen los niños?

NOVIO: No te apures, mira, son como un gusanito pequeño. El estómago te crece porque es pura agua. Cuando ya van a nacer, se rompe la bolsa y sale todo el líquido. Entonces, sale el niño, le da el aire y se infla.

LUNA: ¿De verdad, no me mientes?

NOVIO: No, mujer. Ya verás que así es. Duérmete. Todo va a salir bien.

LUNA: ¿Qué se necesita para traspasar el límite entre vivir en sombras o ser una estrella fugaz, inasible, intensa, pero finita? Anhele vivir una noche sin la exigencia de responder a la furia con la que tomas mi cuerpo, sin el silencio que impones mientras cierras los ojos para esquivar mis súplicas, para no escucharme gritar que te alejes de mi piel. Solo en una ocasión hablaste. Mientras establecías el ritual, dijiste en susurro que no podías sostenerme la mirada, que las enseñanzas de tu padre eran más fuertes que la ternura que yo te inspiraba, que esas cosas no eran para ti, que si me parecía, bien, si no, me tenía que aguantar de todas maneras.

PADRE: Usted muestre quién manda. Las mujeres aprovechan las noches para tomar las decisiones que nos competen a los hombres. Cierre los oídos cuando baje sus pantalones y no suelte prenda. Los hombres de verdad se dan a respetar desde la primera vez en que retienen las palabras y dejan hablar a sus cuerpos. Nosotros aprendemos a ser machos si el diálogo se queda fuera de nuestras camas y vencemos en la lucha nocturna. Ellas deben saber que nosotros mandamos, que nuestra misión es enseñarles lo que significa obedecer.

VICENTE (Fernández): Con dinero y sin dinero
hago siempre lo que quiero
y mi palabra es la ley. (El rey)

LUNA: Mientras representas con violencia el papel de macho dominante, percibo el olor de las otras mujeres con quienes ejecutas este mismo juego día tras día. No me duelen tus engaños. Pienso en el sometimiento que nos hermana, en la tristeza que se apila en nuestro ánimo como hojas en otoño. Reelaboro en mi mente las ilusiones de las jóvenes que de forma clandestina se someten a tus deseos, sin percatarse de que forman parte de una rutina milenaria. La ira nace de la impotencia, el miedo, el horror de no ser capaz de crear realidades alternas. Ni siquiera lloro, aprendí que la aridez es el signo de lo cotidiano. De vez en cuando, mis cavilaciones se suspenden, no me reconozco en esa mujer que se agita a tu ritmo e incluso alcanza instantes de placer. Busco tus ojos, me aferro a una mínima posibilidad de trastocar el acero de tu mirada. El llanto de nuestros hijos me trae a la realidad. Te pido una pausa para espantar sus pesadillas nocturnas.

MARIDO: No te muevas, si yo, que soy todo mi amor y todo mi querer, no me procuro placer, ¿por qué debo hacerlo por tus hijos? Déjalos que chillen, así aprenderán lo que es la vida. Déjame continuar con lo mío... Cállate de una vez, tu voz me aturde, sabes que no la tolero.

LUNA: Observo la cama vecina, me detengo en los rostros de nuestros hijos fallecidos, aquellos a quienes les ahorré el pesar de la existencia. Deseo ser parte del no lugar que habitan. La oquedad se extiende. Me espanta presentir que tus líquidos en mis ríos internos presagian nueve meses de preguntas continuas: ¿qué sentido posee la vida que se gesta en mi vientre? Mientras desahogas tus ímpetus, recuerdo la primera vez que me poseíste. Tenía doce años, me jalaste al lote baldío cercano a mi casa. Las bolsas de basura fueron mi lecho nupcial. Grité tanto como pude. La sirena de una patrulla acalló mi voz. A lo lejos te escuché decir...

MARIDO: Cállate, te voy a cumplir como hombre.

LUNA: No salía yo del espasmo de esa experiencia traumática, cuando nuestros padres acordaron que debíamos casarnos. El desvelo se tornó un purgatorio continuo.

FEDERICO (García Lorca): "Noche arriba los dos con luna llena, / yo me puse a llorar y tú refás".

MARIDO: Tu mirada se concentra en ti misma, cuando en segundos se posa sobre la mía, casi cedo a la ternura que provocas en mí. A punto de sucumbir a esa debilidad, la voz

de mi padre me sostiene. Venzo el deseo de abrazarte con palabras, de paliar los dolores de tu cuerpo, de respetar las decisiones sobre el mismo. El miedo a dejar de ser hombre me invade. ¿Cómo no entiendes que soy hijo del silencio? Me enseñaron a ser súbdito de Harpócrates, el niño que con el dedo en la boca, te insta a no ceder a las palabras. Percibo la furia en tu rostro, pero no logro comprender el porqué de tu rebeldía, si mi madre, la tuya y todas las demás mujeres aceptan con docilidad esta condición de vida.

LUNA: Ahora mismo te preparo un tecito de tila para que se te baje el coraje. No te enojés más por favor. Te vas a enfermar. Tienes razón, todo es mi culpa... Siempre sé que el castigo lo recibiré en mi cuerpo en cuanto apaguemos la luz. De nuevo apretaré los puños, morderé mis labios para no gritar. Como otras noches tomarás la almohada, la pondrás sobre mi rostro, en mi cara, en la espalda y golpearás hasta cansarte. Desearía romper mis silencios o al menos extravíame en el remanso de la locura. No te enojés, ya iba a la cama, solo me distraje un segundo... La asiduidad de recibirte en mi cuerpo sin mi consentimiento, se acumula en mi memoria, sin embargo, si cometo el error de desprenderme de tu cuerpo, lo recordaré por la mañana mientras busco la blusa de cuello alto y de manga larga que oculte los estigmas violáceos en mi piel. No siempre logro evitar que alguien los vea. He recurrido a todas las frases hechas: me caí, me golpee con la puerta, tropecé con algo... Ya nadie cree mis palabras. Mientras represento mis roles de madre en la vida cotidiana, olvido los moretones, pero no la desazón que depositaste en mi sangre la noche anterior, no la urgencia de concluir con esta espiral de viacrucis femeninos. Intento aferrarme a la risa de mis hijos. A las niñas les inculco la rebeldía, la palabra libertad. A los niños, les cubro los ojos de besos cuando no estás, los insto a dialogar con afectividad y dulzura. Ellos, en su inocencia, te hacen partícipe de mis enseñanzas de amor. Los llevas afuera, se escuchan tus gritos, tu voz replica la de tu padre, oigo golpes a través de la pared, su llanto, desconcierto. Ellos se tornan cada vez más silenciosos, más de acero, más semejantes a la imagen de tu padre. Entonces, las huellas amoratadas duelen más. Nuestras hijas se vuelven dóciles, se nota en ellas el efecto del miedo y se alejan de mí. Tengo

todavía varias horas por delante, tiempo suficiente para que el metano haga su efecto.

HIJO: ¿Cuánto se necesita...? Sí, yo les deposito mañana... No, no tengo tiempo... Me agobia el trabajo... Mañana salgo de viaje... Intentaré llamarle por teléfono... pero no sé si pueda...

Rostro 6

HELENA (30 años): El oráculo predice mi liberación. Me indica el camino del mar. Camino sobre las olas. Deseo ser un cuerpo flotante a la deriva. No puedo enfrentar más la inquisitiva mirada de mis hijas. ¿Qué sucede? ¿A qué se debe el asedio? No puedo tolerarlo por más tiempo, solo hallaré descanso sumergiéndome en las aguas de la tina de baño hasta no existir más. En mis oídos resuena la palabra libertad.

EXMARIDO: No tienes otro destino que este cuerpo que soy yo. Regresa conmigo a nuestra casa si no quieres que tu piel muestre la huella de mis puños.

HELENA: No requerí de París para abandonar Esparta. Eres el exmarido que viene a reclamar por la honra perdida. ¿Cómo no levantaste la voz cuando nuestros hijos lloraban de hambre o de miedo por tus intimidaciones? ¿Que yo soy responsable de tu honra perdida? No, tú descifraste las palabras del oráculo. Tus brutalidades me expulsaron de Esparta. Formaste un ejército para obligarme a desistir de mi libertad. Las Helenas flageladas por el machismo, no reconocemos la noción del retorno. No arremetas más ni esgrimas arietes a la puerta de mi nuevo hogar. De tus caballos de Troya surgen las palabras censoras que enconan en mis hijas. Ellas escudriñan mi cuerpo, examinan la alcoba por las mañanas, olfatean mi lecho buscando señales de tu honor mancillado. Las utilizas como portavoces de tu encono, como la reivindicación de tu honra de macho herido. Ya no me intimidas. El albedrío descubierto durante estas noches fuera de tu yugo, me convencen de lo certero de mi decisión. Mis hijas te olvidan poco a poco, conforme se saben lejanas al ejercicio de tus iras; sus cuerpos ya no tiemblan temerosos al despertar por el sonido de los golpes que asentabas en mi rostro cada madrugada. Ellas son los siete mares por los que navegaré en los próximos años, cada una es un río subterráneo. Más pronto de lo que imaginas se-

rán torrentes que fecunden sus propias vidas. No las frenaré. Ellas son la razón por la que huiré de tu cerco tantas veces como sea necesario.

EXMARIDO: Ven, hija... te voy a decir un secreto que me vas a prometer guardar: tu madre es una puta. Aunque apenas tienes ocho años, ya puedes darte cuenta por qué me abandono esa mujer. Todas las noches, cuando ella apague la luz, fíjate muy bien por el ojo de la cerradura y verás cómo se mete un hombre distinto en su cama, cómo se deja manosear por ellos. Observa a detalle cómo se emborracha y baila de forma obscena con cada uno. Tu madre embauca a esos sujetos para quitarles su dinero.

HELENA: No sé qué le sucede a esta niña. Durante varios días su mirada recorre mi cuerpo con insistencia. La descubrí olfateando mis sábanas. Me reta cuando le mando ayudar en casa como al resto de sus hermanas. Descubro ojeras en su rostro cada mañana. Anoche me pareció sentir sus pasos junto a la puerta de mi habitación. Me reclama haber abandonado a su padre. Procura evitar a toda costa que mi prima y yo vayamos a bailar danzón los viernes. Se interpone ante mí en la puerta, se tira al suelo, grita que no quiere verme con hombres. La amenazo, le doy sus carambazos y me salgo a la calle. Sin embargo, el dolor de la escena evita que disfrute la noche.

EXMARIDO: Hijita querida, no sufras, tu madre no es una buena mujer. ¿Ya la viste con otros hombres? ¿Ya la oíste cómo grita cuando se revuelca con ellos? Descríbeme con detalle lo que observas cada noche, eso hará que te quedes más tranquila. No llores, hijita, la culpa es de tu madre por abandonarme.

HELENA: Mis siete hijas se han vuelto calladas. En silencio husmean mi habitación a diario, olfatean mi cuerpo, sus miradas acusatorias ponen cadenas a mi cuerpo. Una profunda tristeza incuba en mí, casi no he comido en las últimas semanas. El médico dice que tengo anorexia nerviosa. Ya no abrigo la esperanza de observarme en el espejo y hallar una mirada cristalina, no este mar embravecido que escurre por las mejillas. No lo sé. Busco mi libertad en el fondo del agua.

HIJO: Me duelen los puños de tantos golpes que le propiné al que la insultó; su cuerpo era el de usted, el cuerpo de mi madre. Cada impacto denunciaba mis enojos: ¿Cómo no van a decir que es usted una prostituta si yo la veo que bebe, baila y ríe con esos hombres cada ocho días? Una buena madre no

tiene amantes, se queda con su marido y aguanta todo. Una madre abraza y besa a sus hijos día tras día; no los golpea hasta verter en ellos sus frustraciones cotidianas. Ya no veía a mi contrincante, solo sentía en mis puños una humedad cercana al momento en el que las sábanas, noche tras noche, recibían mis temores, mis angustias. Alguien, no sé quién, me sujetó. Miré de lejos al tipo que se había atrevido a gritar el oficio de mi madre y a quien yo acababa de medio matar a golpes, y vinieron en cascada otros recuerdos: la casa en los días de lluvia oliendo a atole, a té de hojas de limón, a arroz con leche. Los fines de semana en los paseos de campo o en las albercas al lado suyo. Momentos en los que su mirada me decía: Corre, sé libre, sé tú, te quiero como eres. Los viajes en tren al rancho, el sabor de la cajita de dulce de leche que de forma invariable nos compraba en Celaya. Algo sucedió en mí que determinó el final de nuestra relación. Sé que mi verdad no es la suya, sé que sus depresiones se deben en parte a mi distancia, pero no puedo con el remordimiento al verla recobrar el sentido después de su último intento de suicidio. La sangre en sus muñecas me retorna al inicio de mi historia. Solo puedo salir corriendo, me prometo nunca más regresar. Si muere, no quiero saberlo. Hoy rompo el cordón umbilical para siempre.

Rostro 7

MEDUSA (35 años):

Cariñito dónde te hallas,
 con quién te andarás paseando,
 presiento que tú me engañas,
 por eso te ando buscando,
 vengo de tierras lejanas
 nomás por ti preguntando...
 ¡Era yo tan cantadora!

Juega con la navaja entre las manos, se observa las cicatrices en las muñecas.

Mientras trabajaba en las casas o lavaba la ropa de mis hijos los fines de semana, mi voz me hacía libre. Olvidaba el dolor de espalda de tantas horas empinada en el lavadero. Levantaba la vista al cielo, sentía que nada me ataba. Vivía a través de las letras. (*Canta*):

Una flecha en el aire
 Cielito lindo, tiró Cupido.
 Él la tiró jugando, Cielito Lindo,
 y a mí me ha herido.
 Ay, ay, ay, ay, canta y no llores,
 porque cantando se alegran,
 Cielito Lindo, los corazones.

Había sábados que me sentía feliz. Ahora podía tener un poco de paz. Tenía unos meses de haber abandonado a mi marido. El padre y el hermano de mi verdugo no pudieron con mi fuerza. Desistieron de apropiarse de mis hijos para ocuparlos de mandaderos. Percibieron la furia que me alimentaba. Para ellos fui Medusa. Los obligué a enfrentarse con mi rostro.

CUÑADO: Se nota a leguas que lo suyo es la calle, no dudas, hermano, que se fue con uno de sus amantes.

SUEGRO: Al menos le hubiéramos quitado a los dos hombricitos. Aquí se necesita quien limpie mis zapatos y vaya por los mandados.

MEDUSA: Es cierto, yo no vivía con el hombre de mi vida. Ese señor me doblaba la edad, tenía su propia familia, pero, a cambio del encuentro de nuestros cuerpos cada vez que él tenía tiempo, o se daba sus escapadas de su esposa o le daba la gana, ahora mis hijos tenían un lugar donde dormir y comida diaria en la mesa. Yo me esmeraba por tenerles lo mejor. Mis hermanas se burlaban de mí porque no les daba café, solo leche, aunque fuera Liconsa o Conasupo. Ahora sentía una alegría especial al ver los tendederos llenos. Las telas de nuestra ropa ondeando en el aire acariciaban mi piel, me decían que estaba viva, que valía la pena existir. Mis hijos eran la esperanza de cada día. Requerí acumular valor para aceptar a este hombre mayor que a cambio me ofrece apaciguar las necesidades de mis siete crías. Puedo convertirme en fiera cuando intentan arrebatarme a mis hijos, pero sola no puedo con tanto gasto.

HIJO: Me harta. La odio. Me avergüenza. No me importa si se muere. ¿Ahora pide cariño y compañía? ¿Quién me lo dio de niño? Crecí como salvaje, arrimado a los perros y los gatos callejeros. Su calor engañaba mi necesidad de cariño. Ellos lamían los moretones que me dejaban sus manos tras cada travesura infantil. El parte aguas fue aquella vez que

soñando con ser un superhéroe me subí al techo de nuestros cuartos, al caerme me abrí la piel de la espalda. Tendría yo unos siete años. Ella no me consoló. Al contrario, tomó la escoba y la hizo trizas en mi espalda. A cada golpe, mi llanto aminoraba. El dolor, entre más intenso, más fuerte me hacía. Solo pensaba que un día iba a crecer, que dejaría de apesadumbrarme el abandono paterno, que esa mujer dejaría de ser mi madre, que yo la iba a olvidar para siempre... Hoy, es ese día.

Rostro 8

SOLEDAD (50 años): Tengo que decirles algo. Voy a pedir un permiso en el trabajo. Como ustedes ya tienen edad, de ahora en adelante se ocuparán de los gastos de la casa. Tú tienes diecisiete años, si no estudias te vas a ir a buscar trabajo en donde sea. Tú, con el sueldo de maestra puedes pagar la despensa y los servicios. No comprendo ese empeño suyo por ir a la universidad. Entiéndanlo, son mujeres. Pronto encontrarán quién las mantenga, entonces ya no se ocuparán de mí. Así que ahora es cuando van a hacerse cargo de atenderme. El psiquiatra dice que debo descansar al menos un tiempo. La anorexia me está dejando en los huesos. No quiero más réplicas, ya lo decidí. ¿O qué? ¿Quieren que vuelva a intentar suicidarme?

HIJA: ¿Por qué la debo cuidar yo ahora que está vieja? Me dejé abandonada y sola. Se llevó a mis hermanos. Tenía yo trece años apenas. Mi papá fue por mí a la secundaria y me dijo que usted se había ido con otro hombre llevándose a todos mis hermanos, menos a mí. Si era yo la mayor, ¿por qué no espero un día en que yo estuviera allí? Cuando al fin me fui a vivir con usted, pronto me di cuenta de que únicamente me quería para cuidar a mis hermanos. La más pequeña tenía un año y el que me seguía, doce. Fui madre antes de parir, antes de conocer el primer beso, antes de recibir promesas de amor. Las noches se tornaron lo más difícil: pesadillas en las que me veía en medio de la nada, la tierra se desmoronaba por los cuatro costados hasta dejarme suspendida en el aire, caía al vacío mientras usted me observaba de lejos y en lugar de correr hacia mí, daba media vuelta y desaparecía. Despertaba con llanto incontrolable. Para tranquilizarme, usted me propinaba un par

de cachetadas y otros tantos pellizcos. Yo me lavo las manos, si se quiere morir, hágalo. Al fin mis pesadillas desaparecerán.

Rostro 9

SOLEDAD (70 años): No sé cuándo olvidé las palabras. Ahora, a veces, ni siquiera tengo deseos de oír música. El nido quedó vacío. Mis hijos no solo se fueron de mi lado, se han convertido en siete puñales que atraviesan mis entrañas, siete vientos que me lanzan al vacío, siete huracanes que temo, las siete espinas de Cristo... (*Mientras reza va consumiendo pastillas, una tras otra, con delectación, como dulces*): Padre nuestro que estás en los cielos... perdóname por ofenderte. Juro que no puedo más, te lo juro. Virgen María, apiádate de mí, intercede por mí. Sé que no cumplí con tu mandato de ser una buena madre, ni esposa, ni hija. Perdóname, perdóname. Solo te pido que me des la oportunidad de por fin descansar. No soportaría volver abrir los ojos. Tengo siete hijos. Todos han hecho su vida. Hace veinte años me fracturé la columna. Me operaron tres veces. Desde entonces vivo con dolor todos los días. No sé, no me explico qué pasó. Mi hija Astrea es la única que viene a verme cada ocho días. Los demás... un lío. No se hablan. Yo nomás quiero que ellos se quieran, que vengan en Navidad, como antes. No, no me llaman por teléfono. Mi hija, la que vive en Londres, la última vez que fui a verla solo me recibió dos días. La última vez que vino a la casa me dijo que la desesperaban mis quejumbres, que me valiera por mí misma, que yo le daba asco. Fue hace unos meses. Mi hija mayor me acompaña al médico, a cobrar la pensión. A veces voy con mi hija de Oaxaca. Me gusta estar allá. Pero no me puedo quedar porque tengo consulta con el médico en la Ciudad de México. Mi hija Astrea me compró una tele, una grabadora, me mandó unos discos. ¿Cómo les explico a mis hijos que no sé por qué había de quererlos cuando nacían? Debí quedarme con mi marido, aguantar, como dicen mis hijos, los golpes y el hambre. Seguro que cuando ellos crecieran, las cosas iban a cambiar. Ellos se avergüenzan de mí porque tuve amantes... Virgen María madre de Dios, intercede por mí... ¿Cómo no iba a aceptar esa ayuda?, ni modo de dejarlos morir de hambre. Nunca les he contado aquella vez en la que Ulises me dejó toda moreteada en el motel de paso, casi me mata. Yo fui con

él porque no me alcanzaba la quincena, Dios, tú eres testigo de aquello. Nunca quise abusar de mi Ares, era tan chiquito, tenía doce años cuando empezó a trabajar para ayudarme, ahora me lo reclama, dice que por mi culpa no estudió. Eris me reprocha que la abandoné el primer día que me separé de su padre, le explico y le explico que no me la pude llevar. Virgencita Santa, tú sabes que es cierto. No puedo más con tanto dolor, con la soledad, con la tristeza. Atea se fue de la casa con sus hijos, ya no viene, no me entiende, yo no la corrí... Dios, Dios... dame fuerza para terminar. No soy una buena madre, no pude hacer que mis hijos se quisieran. Yo tengo la culpa. Alberto golpeó a Araceli el día que se fue. Cadejo se interpuso... El chamaco está tan flaco, que me dio miedo que se agarraran a golpes. ¿Yo qué puedo hacer? Santa María madre de Dios, ayúdame, no me dejes de tu mano santa. Tácita no me llama, la última vez que fui a Monterrey a verla me corrió, no duré ni dos días. No, ya no tengo fuerzas para estar aquí. Mis hijas no me lo van a perdonar, no entienden que no puedo vivir así, que necesito a todos mis hijos juntos. Ellas son madres, un día van a entender. Dios mío, Dios mío, dame fuerzas para ir a ti. Ares ni siquiera me llama por teléfono. Mis nietos no vienen. ¿Qué hice para ofenderte, Dios, por qué me castigaste así? Veo otras familias que se juntan los domingos, que están en Navidad, el día de las madres. ¿Por qué mis hijos no vienen? ¿Qué hice, Dios, qué hice? Ya entendi que debo ser fuerte. Pero... no puedo, estoy muy muy muy sola.

HIJA: ¿Cuándo recordó que soy su hija? Estoy por cumplir los cincuenta años y hasta ahora recibo sus muestras de afecto. ¿Acaso debo correr a sus brazos por unas dulces palabras que tanto necesité de niña? No, no lo haré. Cuando me llama por teléfono, adivino su discurso: “¿Mi amor, cuándo vas a venir un fin de semana a comer conmigo?”; “Mi vida, se me terminó el dinero de la pensión, ¿me puedes depositar para terminar el mes?”. Ahora, igual que siempre, sus intereses van por delante de los míos. Por eso no le contesto. Nada más escucho el timbre del auricular y la cólera se apodera de mí. ¿Por qué no recurre a sus hijos varones? Usted invirtió su afecto en ellos. Aún recuerdo cómo hacía usted distinciones. Yo estaba obligada a atenderlos. Porque eran hombres, ellos podían tratarme tan mal como quisieran. ¿No leía usted mis ojos? Ya entonces,

eran las dos piedras de hoy: dos volcanes en erupción. ¿No sentía el odio con el que yo la miraba mientras atendía a sus hijos, mis hermanos? ¿Por qué no habría de expresarme así? Ya no es usted joven para golpearme sin piedad. Deseo tanto este día. Tener la oportunidad de no callarme los torbellinos que me ahogaron durante tantos años. ¿Pensó que no me percataría de que, entre todos sus hijos, usted me tenía encono por mi piel morena, mi sobrepeso y el gran parecido con mi padre? ¿Por qué me culpaba de recordárselo? Usted lo eligió. Yo no fui responsable de su machismo. Quiero que me explique ahora por qué no me dio oportunidades de estudio como a los demás. Usted necesitaba una sirvienta y me encasilló allí. Claro que me embaracé pronto. Cómo no, si necesitaba darle sentido a la sinrazón de mi existencia. Al menos ya no tendría que atender hijos ajenos, los suyos, mis hermanos. Sus lágrimas no me conmueven. Ya se lo dije, por mí usted puede morir hoy mismo. ¿Por qué me voy a compadecer, si usted asesinó mis sueños antes de que nacieran?